

Mujer e Historia en el cuento *Mis próceres* (1890) de Waldina Dávila¹

Sandra Milena Trujillo Peña²

Miembro de Número de la Academia Huilense de Historia

Resumen:

Escribir la nación requiere de ese doble movimiento entre Historia y Literatura que asegura la memoria histórica e identidad en los individuos. El objetivo de este trabajo es analizar la etapa histórica que recoge el cuento *Mis próceres* (1890) de Waldina Dávila de Ponce de León, desde una doble vía: la construcción de las tradiciones nacionales y una perspectiva de género sobre la historia del pasado. *Mis próceres* populariza las “tradiciones nacionales”, los tres momentos fundamentales que determinaban para los románticos las condiciones de todo nacionalismo: lo folclórico, lo particular y local.



Para tal fin, el estudio focaliza dos sucesos narrativos: el fusilamiento de los próceres el 26 de septiembre de 1816 y la vivencia ficcional del colectivo de mujeres después

1 Texto derivado del Seminario de investigación Temas y problemas de la literatura hispanoamericana: aproximación a un campo de conocimiento heterogéneo, y de la investigación Los personajes femeninos en la narrativa de Waldina Dávila. Universidad Tecnológica de Pereira.

La escritura de fragmentos y nombres de los personajes en el presente estudio se ciñe de manera rigurosa a la edición del libro *Mis próceres* (1893), Bogotá: Imprenta de Antonio María Silvestre y Cía.

2 Docente Universidad Surcolombiana, Facultad de Ciencias Sociales y Humanas. Magister en Literatura, estudiante de Doctorado en Literatura en la UTP. sandramilena.trujillo@usco.edu.co

de la ejecución. Waldina Dávila recuperó una profusa documentación, sirviendo de enlace entre el pasado —que le pertenece a su familia— y el presente en el que se circunscribe ella como sucesora de un heroísmo patriótico. La primera novelista del Huila buscó las fuentes en las sublevaciones caudillistas de los Salas Vargas, en las costumbres de su región y en el paisaje de la tierra donde nació. Desde un discurso literario que funde realidad y ficción, resitúa el verdadero protagonismo de las mujeres en un empeño por recuperar sus vivencias en la construcción de nación.

Palabras claves: Waldina Dávila Ponce de León, escritoras colombianas del siglo XIX, Mis próceres, Mujer e Historia.

Introducción

En Colombia, el siglo XIX es el periodo gestacional que impulsó el surgimiento de las historias de la literatura de carácter nacional y su importancia en la formación de los imaginarios. En ello coinciden también los estudios que desde diferentes enfoques han elaborado Rama (1998), Anderson (1991) y Beatriz González (1987), al sostener que las historias de la literatura nacional, además del ideal cultural, cimentaron el ideario ideológico y político. De esta manera, la historicidad literaria nacional se nutrirá de aquellos motivos y obras portadoras de una imagen naturalizada de la realidad que integre y exalte, desde una mirada urbana oligárquico-burguesa, lo folclórico, lo particular y local como estandarte de lo nacional (González, 1987, p. 162). Por su parte, Anderson argumenta que las comunidades nacionales surgen de la difusión de la novela y de los periódicos: nuevos “modos de aprehender el mundo” que hacen posible “pensar la nación” (p. 22).

La escritora colombiana decimonónica, Waldina Dávila de Ponce de León, primera novelista del Huila, populariza en *Mis próceres* las “tradiciones nacionales”, los tres momentos fundamentales que determinaban para los románticos las condiciones de todo nacionalismo: lo “folclórico”, lo “particular y “local”. Desde esta circunscripción teórica, Unzueta (1996) subraya la importancia de un

nuevo sentido histórico y el hecho de que las conexiones entre el amor y las relaciones familiares de las novelas con la historia patriótica están “mediatizadas” por el discurso histórico. Sumado a lo anterior, Dávila resitúa el verdadero protagonismo de las mujeres en un empeño por recuperar sus vivencias en la construcción de nación.

Escribir la nación requiere de ese doble movimiento entre Historia y Literatura que asegura la memoria histórica e identidad en los individuos. En Latinoamérica los siglos XVIII y XIX fueron el espacio ideal para que los letrados de la época cantaran las glorias de sus héroes y les dieran inmortalidad. Desde entonces, la relación estrecha entre Historia y Literatura se hizo más presente pues el prócer necesitaba de la letra bien contada para proceder y eternizar sus hazañas; y el letrado, de un género literario escrito que sirviera de testimonio en los procesos de identificación cultural de la nación.

Quien relata la nación no es otra cosa que un ser perplejo que intenta un relato de esa perplejidad. De allí que Bhabha (2010) afirme que: “es desde esta inconmensurabilidad en medio de lo cotidiano desde donde la nación dice su relato”. Antes del surgimiento del pueblo-nación ocurre la anonimidad del pueblo y la anomia de la nación (pueblo sin nombre y nación sin ley). La nación llena el vacío dejado en el desarraigo de las comunidades y las familias, y transforma esa pérdida en el lenguaje de la metáfora. La metáfora, transfiere el sentido del hogar y la pertinencia y lo traslada a la idea de pueblo en tanto categoría de reunión de un gran hogar en que todos caben: la nación (p. 197). Y, la cultura y la identidad de los pueblos están en una lucha vital permanente que no se acaba cuando se pasa a la Historia.

Hasta a mediados del siglo XIX en Hispanoamérica no existía una definición consolidada de novela histórica (Unzueta, 1996, p. 44), sí existía un consenso sobre “la necesidad de una literatura americana y nacional que buscara sus fuentes en la historia, las costumbres y/o la naturaleza de una determinada región, y que popularizara las “tradiciones nacionales” (p.112). Lo anterior, de acuerdo con Jitrik (citado por Unzueta, 1996), son las pulsaciones que dieron origen a la novela histórica en Hispanoamérica: la búsqueda de una definición

de identidad nacional y el deseo de ser reconocido participe en el proceso de cambio.

Esta reacción de los letrados procuraba hacer frente a los prejuicios que tenían algunos autores europeos sobre el continente americano y reivindicar asuntos en torno a las revoluciones de las independencias, la transición del orden colonial y republicano, las creencias y el pasado indígena (Wasserman, 2015, p.30). Dentro de este marco de reconocimiento como miembros de una nación, son pioneros los discursos de Juan Eguiara, Francisco Clavijero, Juan Molina, Camilo Torres, Francisco de Miranda, Miguel Hidalgo, Antonio Nariño y Andrés Bello.

En Latinoamérica, los modelos de novela histórica fueron importados de Francia e Inglaterra, se reeditaban por entregas en folletines, revistas y periódicos, se leían en lengua vernácula con la pretensión de ser imitados o asimilados y se las adaptó al teatro. Estos escritores tenían como fin crear un ideario nacional que distanciara a las repúblicas nacientes de su pasado colonial y las proyectara hacia un futuro diferente (Unzueta, 1996). Algunos ejemplos son: *Soledad* (1847) de Bartolomé Mitre; *La novia del hereje* (1843-54) de Vicente López; *La hija del judío* (1848-50) de Justo Sierra; *El cristiano errante* (1846) de José de Irisarri. La novela histórica de tema indianista: *Cumandá* (1871) de Juan León Mera; *Los mártires de Anahuac* (1870) de Eligio Ancona; *Enriquillo* (1878) de Manuel de Jesús Galván.

En Colombia, quienes ejercían esta tarea en el siglo XIX eran, en su mayoría, militares o dirigentes políticos. No obstante, los conflictos por la Independencia les impidieron –desde 1816 y hasta 1840–, dedicarse de lleno al oficio. Será en el año de 1836 que en la prensa periódica reaparece la novela con José Joaquín Ortiz: *María Dolores* (1841). Y, en 1844 es publicada la primera novela que adquiere matices de ficción histórica: *Ingermina o la hija de Calamar*, de Juan José Nieto³.

3 José Rueda, en su estudio: *Balance historiográfico de la novela histórica en Colombia. Una aproximación al ámbito regional*, ofrece un rastreo entre 1844 a 2014 y agrupa 104 novelas de 75 autores. Las organiza en 9 temas y dos periodos (1844-1967 y 1967-2014), y las clasifica en asuntos no americanos, sociedad española, Conquista, Colonia, Independencia, novela bolivariana, siglo XIX, siglo XX, y biografía novelada.

Ahora bien, ¿cuál es la participación de la escritora decimonónica dentro de este contexto literario? En Latinoamérica, y en el caso particular de Colombia, la segunda mitad del siglo XIX es considerada la época dorada en la afirmación de la literatura femenina (Rodríguez, 1991, p. 79). Josefa Acevedo y Soledad Acosta encabezan una lista de más de 55 escritoras que, como lo demuestra el estudio de Rodríguez⁴ (1991), promoverán la profesionalización de la escritora en el país, la educación para la mujer y una atención especial por el estatuto femenino. Sus discursos dan cuenta de una lenta pero notable incursión en la poesía mística, la biografía, la ficción, el periodismo y la historia, en un período en el que era todo un desafío que una mujer escribiera y publicara, pues la sociedad masculina dominante solo aprobaba su participación en las labores domésticas.

Pese a lo anterior, las escritoras no han sido codificadas en igualdad de condiciones al hombre. Salvo pocas excepciones, sus producciones literarias fueron excluidas del canon. La cúpula letrada, a la que Ángel Rama (1998) hace referencia, desconoce la contribución de las escritoras en la consolidación de las nacientes repúblicas instituyendo las identidades que hacen de la mujer “constructora del alma y la conciencia nacional” (Bermúdez, 2008, p. 2). Y aunque su escritura “fue hecha desde y para el espacio del hogar” (Alzate, 2004, p. 279), fue allí, en la esfera privada y de lo doméstico, donde la escritora exploró nuevas subjetividades y otras maneras posibles de pensar la construcción de nación y de ser mujer.

En Latinoamérica, escritoras pioneras en el ejercicio de la novela histórica son: Gertrudis Gómez (*Guatimozín*, 1846), Eduarda Mansilla (*Lucía Miranda*, 1860), Juana Manso (*Episodios históricos de la época de Rosas*, 1850), Juana Gorriti (*El lucero del manantial*, 1860), Matto de Turner (*Aves sin nido*, 1889), entre otras. En Colombia, Soledad Acosta y sus obras *Las dos reinas de Chipre* (1878); *La juventud de Andrés* (1879); *Una familia patriota* (1884); y, *Los piratas de Cartagena* (1886), son referente.

4 Figuran: Eva Ceferina, Evangelina Correa, Herminia Gómez, María Mendoza, Mercedes Gómez, Mercedes Hurtado, Mercedes Párraga, Pomiana Camacho, Priscila Herrera y Waldina Dávila, entre otras.

Desde el aporte de la escritora a la configuración nacional en Colombia, la novela, al tener la capacidad de transformar la realidad y simbolizar una postura frente a los roles de género, resultaba peligrosa para el ideal de sumisión deseable por las formas establecidas como régimen de la verdad: la Iglesia y el Estado. De allí que, en los proyectos de construcción nacional, la novela asumía una “función social” y un “carácter histórico” que buscaba delimitar las convenciones en las mentes de sus lectores (Acosta Peñaloza, 2009, p. 87). Las escritoras favorecían el empleo de elementos del costumbrismo social, cuadros pintorescos, y el “metagénero histórico y sentimental” para promover el nacionalismo social, literario e histórico (Rodríguez, 1991, p. 111).

Expuesto lo anterior, algunas escritoras decimonónicas magnificaron sucesos históricos para hacer ficción, y lo hicieron a través de la voz narrativa, en su mayoría de personajes femeninos.

Su propósito de publicar obras que fortalecieran la memoria nacional, demandó una profusa documentación histórica que se evidencia en el contenido verosímil de biografías, manuales, romances, narrativa y drama. En este panorama sobresalen, además de Soledad Acosta, ya mencionada, Josefa Acevedo (***Cuadros de la vida privada de algunos granadinos***, 1861); Evangelina Correa (*Los Emigrados*, 1869); Josefa Gordon (*Cartas De Una Cartagenera*, 1845-49); y, la huilense Waldina Dávila de Ponce de León (*Mis próceres*, 1890).

Waldina Dávila de Ponce de León

La primera novelista del Huila, Waldina Dávila (Provincia de Neiva, 1831- Anapoima, 11 de agosto de 1900), fue hija de Pedro Dávila, Gobernador (E) de Neiva entre 1831 y 1841, rico propietario de haciendas en el Huila y la Sabana (Sánchez, 1994, p. 25), y Josefa Salas (hija del Prócer Benito Salas Vargas), quienes gozaban de poder económico y social. Tras años de infancia en Neiva, la familia se radicó en Bogotá. Waldina Dávila hizo dos viajes a Europa. Dominó el italiano y el francés, ejerció la pintura, las miniaturas sobre marfil y el rústico en tablillas, trabajos por lo que recibió el reconocimiento

de *La Academia de Pintura de Bogotá* y *La Sociedad Española de Escritores y Artistas*. Se casó en 1852 con el oficial Rafael Ponce de León, pero enviudó pronto. De acuerdo con revisiones hechas en la prensa del siglo XIX, Dávila colaboró en periódicos y revistas como *Colombia Ilustrada*, *El Iris*, *El Vergel*, *La Mujer*, *Biblioteca de Señoritas*, la *Revista de las Españas*, *La Unión Iberoamericana*, entre otras. Firmó algunos poemas en prensa bajo el seudónimo de “Jenny” (Otero, 1948, p. 417); participó en el grupo *El Mosaico* (Laverde, 1895, p. 642). Su producción la componen: *Poesías* (1884), el cuento *Mis próceres* (1890), *Zuma. Drama en tres actos y en prosa* (1892), y el volumen: *Serie de novelas* (1892), que contiene las novelas *El trabajo* (1884), *Luz de la noche* y *La muleta*.



Waldina Dávila de Ponce de León
Fuente: Biblioteca Luis Ángel Arango

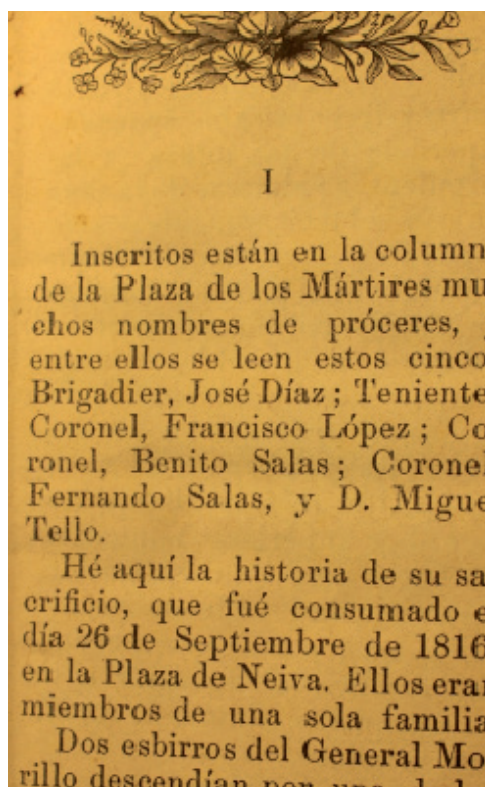
Mis próceres (1890)

*Mis próceres*⁵ (1890) es un cuento corto (38 páginas), cuyo interés principal son las problemáticas originadas por el enfrentamiento entre españoles y patriotas, y sus efectos sobre la familia y la mujer. El argumento se estructura en cuatro partes. Los sucesos de la primera parte acontecen el 26 de septiembre de 1816 en la Provincia de Neiva, fecha en que es capturado el coronel Fernando Salas y conducido a la cárcel. Hombres del General Morillo llegan a la Hacienda La Manga, propiedad de la familia Salas Vargas, con el objetivo de solicitar a Fernando Salas empréstitos para sus huestes. Fernando, que ya tiene a cuatro de sus familiares apresados, incluido su hermano el teniente coronel Benito Salas, se niega a dar la contribución económica ofreciendo solo ganado y caballos. En retaliación, Fernando es conducido a pie hasta el pueblo, para sufrir las torturas que ya padecen los patriotas en los calabozos. Al ingresar a la cárcel, encuentra el cuerpo cadavérico de Benito, casi ciego e inmóvil por las altas temperaturas. Se encuentra también con el brigadier José Díaz, el teniente coronel Francisco López, y con don Miguel Tello, apresados semanas atrás. El relato está en manos de una voz narradora en tercera persona que alterna con la voz de Fernando y los esbirros del General Morillo. Exalta en orden cronológico el paisaje rural, el despotismo español y la heroicidad de mártires y mujeres.

La segunda parte describe el fusilamiento de los cinco próceres (los hermanos Salas Vargas, Díaz, López y Tello) en la Plaza de la Provincia de Neiva, la tarde del 26 de septiembre de 1816⁶. Horas antes del suceso, a la única que le permiten el ingreso es a mama Eulalia, la vieja nodriza de los Salas. Las esposas, hermanas e hijas:

5 Presentado el 28 de octubre de 1890 en la *Revista Colombia Ilustrada*, N° 18, pág. 275; publicado en 1893, Bogotá: Imp. de Antonio María Silvestre y Cía. (39 págs.), e incluido después de su fallecimiento en *Varias cuentistas colombianas, Selección Samper Ortega de la literatura colombiana*, N° 11 (1936: 61), Bogotá: Minerva. Edición virtual en *Antología de textos sobre el mártir de la independencia Benito Salas* (2010: 5), Comp. Oliver Lis.

6 Los historiadores afirman que su ejecución fue el 18 de septiembre, como consta en la correspondiente partida de defunción que reposa en el archivo parroquial de Neiva (Lis, Oliver (Comp.), 2010).



Mis próceres (1893)

Felicianita, Juanita, Mariana de Vives, Catalina, Juana, deben esperar suplicantes y agolpadas en las puertas. Ningún ofrecimiento a los españoles logra salvarlos: los próceres son llevados al patíbulo y pasados 'por las armas por las espaldas'. El Coronel Ruperto Delgado ejecutó la sentencia por orden de Pablo Morillo, encargado por Fernando VII de reprender a los patriotas. Benito, luego de fusilado, fue decapitado, cortadas sus manos y fijadas en el mismo sitio de los hechos (Plazas, 1985, p. 568). Su hijo Rafael, de 12 años, es condenado al presidio. Las viudas y huérfanos son desterrados. Aquí, el relato fluctúa entre mamá Eulalia, y la voz narradora que describe el patíbulo y los vejámenes.

La tercera parte narra el destierro de las viudas y sus hijos. Sin nada más que el vestido puesto, las mujeres marchan hacia la incertidumbre

de la pampa: Juanita López, esposa de Benito y en embarazo de Joaquina; Petrona, hija de Benito y viuda de Diego Herrera; Mariana de Vives, viuda de Miguel Tello; Feliciano Torrente, viuda de Fernando; y las hermanas de Benito: Catalina y Juana (viuda de José López). En su recorrido, las mujeres son auxiliadas por la Sra. N. Zabala en una casa en paja. El hambre, la pobreza y la locura las invaden. El tono de la voz narradora es de aversión. Pero entonces, Juana Salas, con la ayuda de mama Eulalia, pide prestado al cosechero tabaco e inician su procesamiento. El producto se vende a los moradores, las cigarreras suplen sus necesidades básicas y las de sus hijos con las ganancias.

Finalmente, el cuarto apartado anuncia el desenlace con el grito de “¡Libertad!” Aquí, la voz del relato y la expresión “¡Triunfamos!” adelantan el tiempo histórico, en el que, al parecer, los padres de Dávila se conocieron, y los narra en el baile de Independencia. El relato finaliza: “-*Pepita, voy á traerte un insurgente á ver si se cansa de bailar contigo [...] se llamaba D. Pedro Dávila Novoa*” (Dávila, 1893, p. 38). Pepita era el mote de Josefa, la mamá de Dávila en la no ficción, hija de Juana López Villafañe y Benito Salas Vargas.

La contribución a la construcción de la nacionalidad en *Mis próceres* reside, en primer lugar, en la representación de la ideología liberal que resulta de la filiación política de los próceres al valor de la Libertad. Por el contrario, el General Morillo y sus esbirros son asociados con la ignominia y el abuso de poder. Los españoles son sustituidos por la aparición en escena de Rafael, el hijo de 12 años de Benito Salas, quien contra todo pronóstico español logra llegar a pie desde la Provincia de Neiva a Santa Fe de Bogotá, y metonímicamente representa las fuerzas jóvenes de la nación, vencedoras del pasado colonial y el yugo español.

En segundo lugar, *Mis próceres* pretende «resituar» el verdadero protagonismo de la mujer colombiana en un momento histórico y convulsionado del país. La historiografía revela que la implicación de las mujeres en la guerra no se encuentra formalmente registrada; son más comunes los estudios desde las perspectivas partidistas,

regionales o testimoniales que idealizan y exaltan al mártir en combate o al soldado caído, pero anulan la voz y el protagonismo femenino. En el estudio de Borja (2015) se lee: “La ‘historia narrativa tradicional’ y las memorias de la guerra presenta a sus diversos dirigentes, las principales acciones bélicas, algunas estadísticas, las dinámicas [...] Poco aparecen los problemas económicos y sociales como variables explicativas de la guerra”. En *Mis próceres*, los diálogos entre las mujeres son un empeño por reivindicar sus vivencias de la guerra; la primera persona las convierte, desde la ficción, en testimonios escritos que arrojan luces sobre el complejo entramado histórico y los conflictos del presente. El triunfo de los próceres no es posible rememorarlos sin la historia de sus mujeres y ésta tampoco sin la de aquellos.

Desde otro punto de análisis, los nombres que desfilan en *Mis próceres* no son fabulados, pertenecen a las familias tradicionales de la Provincia de Neiva del siglo XIX, como dan cuenta los registros historiográficos de Francisco Plazas (1985) y José Restrepo (1941). Del mismo modo, los hechos históricos narrados por Dávila son el resultado de los delitos atribuidos a Benito Salas por su liderazgo para organizar tropas patriotas, firmar el 8 de febrero de 1814 la célebre acta de independencia: *El Argos de la Nueva Granada*, dirigir las campañas del sur, y participar en la quema del retrato de Fernando VII (Restrepo, 1941, p. 553).

En *Mis próceres*, la lectura posible es la del héroe que, inspirado en los ideales de patria, sufre su cautiverio desde la cárcel, y el precio es la vida misma. Se proyectan como líderes comprometidos con el sueño de Libertad de una naciente república, son condenados por transgredir las imposiciones de las instituciones que rigen el poder. Los personajes antagónicos son los miembros del ejército español, evocados con profunda negatividad por la voz narrativa.

En cuanto a los devastadores efectos que deja el conflicto bélico, las viudas son retratadas en la vivencia ficcional como alegoría a la situación de desamparo que estas contiendas vertían sobre la mujer (refugiadas en una casa pajiza padecen hambre, dolor, enfermedad

y muerte). Sin embargo, lideradas por Juana Salas, la hermana de Benito Salas y viuda de José López, la narración subvierte el estereotipo del ángel del hogar, y desde una toma de conciencia colectiva crean mecanismos de supervivencia y pasan a ser agentes activas al fortalecer a los cautivos, socorrerlos, desafiar órdenes del régimen y constituir el negocio de cigarros gestionando la economía doméstica, poniendo en práctica el ingenio y los pocos medios de los que disponían: “comeremos de nuestro trabajo; él irá en progresión”—Principias, pues, á poner una fábrica de cigarros, dijo doña Catalina, con acento triste y burlón a la vez. —Principiamos replicó doña Juana; eso siempre nos producirá más que no hacer nada” (Dávila, 1893, p. 30). Finalmente, aunque las mujeres no empuñaron armas ni dominaron al enemigo, su trabajo fue el modo de resistencia que las hace heroínas.

En *Mis próceres* hay una nueva representación de mujer que fisura formas patriarcales, son menos débiles y se distancian del Eterno femenino: “al principio ganaban para no morir de hambre, luégo para alimentarse bien, y más tarde para satisfacer otras necesidades” (Dávila, 1893, p. 34). En ese orden, son sujetos históricos desde el rol de cigarreras que las liga a la construcción del Estado naciente y a una visibilidad social que, hasta entonces, era desconocida. Se configuran en sujetos autónomos al hacer uso de un discurso de individuación propio y evolucionar social y económicamente en un proyecto colectivo que transita nuevos espacios; características propias de la subjetividad de la mujer moderna.

Los espacios y los paisajes son presentados con minuciosas descripciones. El cautiverio de la cárcel es el modelo institucional aleccionador para todos aquellos que transgredan las normas direccionadas por quienes ostentan el poder. La cárcel es el mecanismo de control español que involucra prohibiciones, sometimientos y castigos para el héroe que, inspirado en los ideales de patria, sufre su cautiverio y el precio es la vida misma: “la libertad, aquel sueño esplendoroso que los había precipitado a tantos abismos, ¿tendría segura cima? ¿De veras habría patria? ¡Qué duda tan horrible para los que nada, nada habían omitido en el camino del sacrificio!” (Dávila, 1893, p. 21).

Los paisajes pertenecen a la región donde nace Waldina Dávila, y pintan la belleza de un territorio de la patria: la Hacienda La Manguita (en donde se enterró la cabeza de Benito Salas Vargas; hoy lugar del aeropuerto de la ciudad de Neiva, del que es epónimo), la Plaza de los Mártires, la Plaza de Neiva, el Río Magdalena. La naturaleza se muestra en relación con los sentimientos de los héroes (melancolía, esperanza, muerte). Se lee en la última estadía de Fernando en La Manguita: “Jamás las brisas de la laguna habían acariciado más dulcemente sus cabellos; jamás había encontrado tan bellos y pintorescos los verdes matices de los árboles vecinos a la casa, y aquella bandada de garzas, unas en la orilla y otras sobre las ramas le parecía guardar una actitud pensativa, como si suspirasen su adiós” (Dávila, 1893, p. 9). Otro pasaje que ejemplifica este aspecto: “Allá a lo lejos un vago rumor de aguas y plantas, el balido de las ovejas, el zumbido de los insectos, y el aleteo de los pájaros en la huerta; todo le parecía un concierto de voces cariñosas, un arrullo que le decía: ¡quédate!” (p. 10).

El paisaje va cambiando conforme se acerca el fusilamiento de los mártires y el destierro de las mujeres: “Es un día de ahorcado, dice el vulgo cuando las nieves se agrupan y se tiñen de oscuro color gris, el viento silba con tristeza y las plantas se afligen. Y en verdad que este proverbio no carece de razón, porque frecuentemente vemos a la naturaleza revestirse de tétrica expresión en los terribles acontecimientos de la vida” (Dávila, 1893, p. 20). Pero al final todo se ilumina por el grito de Independencia: “las tumbas de los mártires se vistieron de gala, y fue todo un himno en frenesí de alegría” (p. 37).

Conclusión

Lo expuesto nos permite afirmar que Waldina Dávila, en *Mis próceres*, evidencia la necesidad de una literatura nacional. Para ello, la escritora buscó sus fuentes en las sublevaciones caudillistas de su familia, en las costumbres de su región y en el paisaje de la tierra donde nació; ha popularizado las tradiciones nacionales. También, es importante puntualizar que Juana Salas y las cigarreras sintetizan la nueva representación de mujer, menos dependiente y con iniciativa de un proyecto laboral que fisura formas patriarcales y la jerarquía que sitúa El Eterno Femenino como el lado débil e incapaz. Juana Salas puede ser considerada sujeto histórico desde el rol de cigarrera que la liga a la construcción del Estado naciente.

Referencias Bibliográficas

Acosta, C. (2009). *Lectura y nación: novela por entregas en Colombia 1840-1880*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

Alzate, C. (2004). "Mujeres, Nación y escritura: No hablar, ni dar de qué hablar". En Santiago Castro-Gómez (ed.), *Pensar el siglo XIX. Cultura, Biopolítica y Modernidad en Colombia* (pp. 273–286). Madrid / Pittsburgh: Iberoamericana / Universidad de Pittsburgh.

Anderson B. (1991). *Comunidades imaginadas*. Barcelona: Editorial Crítica. p. 17-101 y p. 260-287,

Bhabha, H. (2010). "DisemiNación. Tiempo, narrativa y los márgenes de la nación moderna", en *El Lugar de la Cultura*. Buenos Aires: Siglo XXI: 175-209.

Bermúdez, I. (2008). "El ángel del hogar: una aplicación de la semántica liberal a las mujeres en el siglo XIX andino". *Historia y Espacio*, Universidad del Valle, (30): 1–23.

Borja, M. (2015). "La historiografía de la guerra en Colombia durante el siglo XIX". *Análisis político*, 28(85), 173-188.

Correa, E. (1869). *Los Emigrados: leyenda histórica*. Bogotá: Imprenta de Medardo Rivas.

Dávila, W. (1884). *Poesías*. Bogotá: Imprenta de Antonio María Silvestre y Cía.

Dávila, W. (1892). *Serie de novelas*. Tomo Primero. Bogotá: Antonio María Silvestre.

Dávila, W. (1892). *Zuma*. Bogotá: Pérez.

Dávila, W. (1893). *Mis próceres*. Bogotá: Antonio María Silvestre y Cía. (Original 1890).

González, B. (1987). *La historiografía literaria del liberalismo hispanoamericano del siglo XIX*. La Habana: Casa de las Américas.

Laverde, I. (1895). *Bibliografía Colombiana*. Tomo I. Bogotá: Medardo Rivas.

Lis, O. (Comp.) (2010). *Antología de textos sobre el mártir de la independencia Benito Salas*. Fundación Caucana de Patrimonio Intelectual.

Luque, L. (1954). *La novela femenina en Colombia*. Bogotá: Universidad Javeriana.

Otero, G. (1948). *Hombres y ciudades*. Bogotá: Prensa del Ministerio de Educación.

Plazas, F. (1985). *Genealogías de la Provincia de Neiva*. Bogotá: Kelly.

Rama A. (1998). *La ciudad Letrada*. Uruguay - Universidad Mariana.

Restrepo, J. (1941). *Gobernadores y próceres de Neiva*. Bogotá: ABC.

Rodríguez, F. (1991). "Siglo XIX". En María M. Jaramillo, Ángela I. Robledo y Flor Rodríguez, M. *¿Y las mujeres? Ensayos sobre literatura colombiana* (pp. 75–176). Medellín: Universidad de Antioquia.

Unzueta, F. (1996). *La imaginación histórica y el Romance nacional*.

Lima: Berkeley: Latinoamericana.

Wasserman, F. (2015). “La nación como concepto fundamental en los procesos de independencia hispanoamericano (1780-1830)”. En *La nación imaginada: ensayos sobre los proyectos de nación en Colombia y América Latina en el siglo XIX*. Cali: Universidad del Valle: 19-56.